



Llevar la Sabiduría - La vocación del predicador¹

Mary Catherine Hilkert, O.P.

En un sentido amplio, podríamos emplear el término predicador para referirnos a todos aquellos que perciben su vocación como el “anuncio del Evangelio”, la misión que Jesús reclamó cuando se puso de pie en la sinagoga, abrió el rollo de las Escrituras y proclamó:

*“El Espíritu del Señor está sobre Mí,
Porque Él [Dios] me ungió.
Me... envió a dar la Buena Nueva a los pobres,
a anunciar a los cautivos la liberación,
y la recuperación de la vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a publicar el año de gracia del Señor.” (Lc. 4,18-19)*

.....

Sin embargo, esa muy amplia comprensión del ministerio de la predicación de Jesús suscita nuevas preguntas. ¿A quién se ha encomendado el ministerio de Jesús? ¿Quién ha sido llamado a ser testigo del Evangelio? ¿Dónde ha de oírse la Palabra de Dios en nuestro medio? La vocación de todos los cristianos bautizados incluye la responsabilidad de anunciar el Evangelio, hablando explícitamente de nuestra fe, aunque sea en un comedor para pobres, o junto al lecho de un moribundo, o luego de una reunión de directorio donde alguien ha adoptado una postura profética, en un aula o en una sesión de consejo, mientras se visita a los enfermos y a los que han regresado a casa; alrededor de la mesa familiar o en una reunión para compartir la fe en una congregación local; aunque no sea desde un púlpito, si bien también podría hacerse alguna vez desde allí. Son todas formas relacionadas entre sí para anunciar la buena noticia, para anunciar la salvación. Muchas veces una de estas cosas lleva a la otra. Quizá hemos sido demasiado intolerantes en la comprensión del significado de la predicación y de la forma como debemos predicar, cuando cada cristiano y cada comunidad cristiana son convocados para compartir el Evangelio con los demás.

La vocación de predicador está relacionada con el llamado a la misión que siempre incluye el llamado a un conocimiento más profundo de la propia identidad, que descansa en Dios. No se trata de la experiencia de una sola vez, aunque puede haber momentos significativos en nuestra historia que podamos señalar como cruciales en el discernimiento de nuestra vocación. Igual que los profetas, los predicadores han sido formados para hablar de un único aspecto del Evangelio a través de sus propias experiencias de conversión. Oseas tenía que tener la experiencia vital del amor ilimitado ante la traición para prepararse a predicar auténticamente la ilimitada alianza de amor y fidelidad de Dios. El mensaje de Dios al pueblo de Israel le fue revelado en el caos completo de su vida. María Magdalena debió aprender por experiencia que se debe mantener la esperanza y el coraje en medio de la aflicción, antes de poder proclamar la Resurrección a los que todavía estaban envueltos en la experiencia de la tragedia, de la muerte y de la pérdida, producidos por la crucifixión.

.....

La espiritualidad o la vocación del predicador se describe frecuentemente en términos de teología bíblica de la Palabra, el *dabar* creativo de Dios. Se alienta a los predicadores para que reflexionen sobre la Palabra que ha estado con Dios desde el principio de la creación, la Palabra de Dios que tenía el poder capaz de poner orden y belleza allí donde había estado el caos, y de separar la luz de las tinieblas. Así reflexiona el salmista:

*“Por la palabra del Señor se consolidaron los cielos;
Y por el espíritu de su boca toda belleza.
Porque Él habló y todo quedó hecho,
Lo mandó [Dios] y fue todo creado”. (Sal 33,6-9)*

El Deuteronomio exhorta a los que van a abrazar la vida de predicadores para que busquen la Palabra de Dios en lo profundo de sus corazones y de su experiencia. El Deuteronomio asegura que la Palabra de Dios no es misteriosa ni lejana, no se encuentra en lo alto del cielo ni a través del mar: “Sino que la palabra está muy cerca de ti. En tu boca está y en tu corazón, para que la cumplas”. (Dt 30,14).

El Libro del Profeta Isaías urge a los predicadores para que confíen en la fidelidad y en el poder eficaz de la Palabra de Dios:

*“Yal modo que la lluvia y la nieve
descienden del cielo,
y no vuelven allá,
sino que empapan la tierra
y la penetran y la fecundan
a fin de que dé simiente que sembrar,
y pan que comer;
así será mi palabra
salida de mi boca;
no volverá a mí vacía,
sino que obrará todo aquello que Yo quiero,
y ejecutará felizmente aquellas cosas a que Yo la envíe.”* (Is 55,10-11)

Se recuerda a los predicadores que la Palabra de Dios es una espada de doble filo “y penetra hasta dividir alma de espíritu, coyunturas de tuétanos, y discierne entre los afectos del corazón y los pensamientos.” (Heb. 4,12)

Esta profunda teología bíblica de la Palabra nos hace entender a Jesús, la Palabra de Dios que estaba en Dios y que era Dios, y que *acampó entre nosotros*. Jesús, la Palabra hecha carne, fue predicada por Lucas con tal autoridad que la “multitud se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios” (Lc 5,1). De modo parecido, los Hechos de los Apóstoles describen el crecimiento de la Iglesia y el éxito de la primitiva actividad misionera con declaraciones breves como *la Palabra de Dios se expandió en esa región* o *la Palabra de Dios creció*. La teología de la Palabra de Dios llega ciertamente al centro de la espiritualidad de cualquier predicador.

.....

Lo que Walter Brueggemann ha llamado “imaginación profética” tiene profundas afinidades no sólo con los profetas, sino también con la descripción de la Sabiduría hecha por las Escrituras judaicas. La *Sofía* se aferra a la verdad, decide con justicia y ordena correctamente. Estas frases aparecen una y otra vez en la descripción del papel de la Sabiduría en las Escrituras judaicas, especialmente en el Libro de los Proverbios: “Abre su mano para socorrer al mendigo y extiende sus brazos para amparar al necesitado”. (Prov. 31,20). Johnson describe su apariencia de la siguiente manera:

Sofía aparece en el Libro de los Proverbios (1,20-33) de forma pública y ruidosa. Es una predicadora pública, una profetisa que clama en voz alta en el mercado y a las puertas de la ciudad un mensaje de reproche, castigo y promesa. Con su propia autoridad, proclama que cualquiera que rehuse escuchar será golpeado por la calamidad y destrozado, mientras que aquel que sí escucha vivirá seguro sin temor al mal.

De manera parecida, Jesús, que es la Sabiduría Encarnada, anuncia el Reino de Dios con lo que Schillebeeckx ha llamado su “estilo de vida liberador”, tanto en palabras como en beatitudes. Su ministerio sanador, su cercanía con los marginados, su preocupación constante por “los pequeños”, son todas maneras de introducirlos en el Reino de Dios. Jesús, el Profeta de la Sabiduría, ha sido enviado para proclamar el amor de Dios que todo lo abarca y que desea que todos sus hijos tengan vida plena. Especialmente a aquellos que “están cansados y llevan cargas pesadas”, les ofrece descanso y paz (Mt 11,28-30). Esto se nos vuelve a recordar, lo mismo que existe una conexión estrecha entre la pasión por la justicia y la predicación. En 1971, el Sínodo de Obispos Católicos declaró en su apartado sobre la justicia en el mundo, “la acción en beneficio de la justicia es una parte constitutiva de la predicación del Evangelio”.

No podemos omitir la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios, un nuevo orden mundial gobernado por el Evangelio, sin tomar en serio, sin embargo, que su predicación en palabras y hechos conduciría a su ejecución. Desde el martirio de Esteban hasta el asesinato del Arzobispo Romero, y hasta los incontables otros creyentes anónimos en América Central y en todo el mundo, eso ha resultado cierto para sus seguidores. Llevar la sabiduría de la justicia de Dios querrá decir también llevar la cruz. Por eso, en último término, Pablo

nos recuerda que no es la justicia del mundo la que predicamos, sino a Cristo crucificado que para los otros es obstáculo y locura, pero para aquellos que creen es “el poder de Dios y la sabiduría de Dios”. (1 Cor 1,24).

.....

La tarea del predicador es ver y expresar las conexiones entre la historia de la comunidad y la del Evangelio tan bien como para permitir que la comunidad cuente sus propias historias de fe. Si se descubre la sabiduría en la vida cotidiana y en las relaciones, se nos llama a preguntarnos si podríamos formar una comunidad de predicadores, no un misticismo sacado de la política o las luchas diarias, sino la búsqueda contemplativa de Dios en todas las cosas. En la oración y el estudio contemplativos debemos “buscar la Sabiduría” antes de poder hablar de sabiduría.

Mientras que la espiritualidad cristiana ha hecho a menudo hincapié en la unicidad de la relación de Jesús con Dios y que Jesús fue a un lugar solitario a orar, hay otro aspecto de la representación evangélica de la relación de Jesús con su “*abba*”. Las descripciones de Jesús en oración no pueden ser sacadas de contexto en este ministerio muy activo, sus decisiones difíciles, sus múltiples relaciones. Los predicadores del Evangelio están claramente llamados a “lugares solitarios” de oración y contemplación de las Escrituras, pero fuera de momentos de comunicación profunda o “noches oscuras”, esas experiencias de intimidad con Dios nunca pueden ser separadas del resto de la vida de los predicadores.

.....

En un artículo titulado “Dando Origen a la Homilía Dominical”, Joan Delaplane, antigua presidente de la Academia Americana de Homilías, ha comparado la preparación y entrega del sermón con el proceso de dar a luz. Quisiera sugerir una metáfora relacionada con estas reflexiones sobre la vocación del predicador: el predicador como una comadrona. Aquí el énfasis se vuelve hacia la comunidad como lugar de sabiduría y al predicador como el que juega un papel específico al alentar el proceso, que está presente durante los dolores, compartiendo la alegría del descubrimiento de una nueva vida, y maravillándose del milagro de la vida que nace del sufrimiento. Otra imagen que viene a la mente es la de la película danesa ganadora de un premio, *El Festín de Babette*. Babette, una famosa chef, llega a Dinamarca en medio de una tormenta violenta como refugiada política sin hogar. Dos hermanas calvinistas que intentan mantener una comunidad religiosa estricta y a punto de desintegrarse, comenzada por su padre, la contratan como cocinera. La película alcanza su clímax cuando Babette gana la lotería francesa y gasta toda su fortuna en preparar una fiesta lujosa para toda la comunidad austera. Entre las conversiones y reconciliaciones graduales que ocasiona la comida, se la ve a Babette en la cocina con los sirvientes, ni siquiera se sienta a la mesa, aunque inicia y crea la fiesta, encantada con sus efectos sobre la comunidad.

No puede decirse que la imagen de Babette esté tan lejos de la simple imagen más rica de *Sofía* en las Escrituras judaicas y de Jesús, *Sofía Encarnada*, en las Escrituras cristianas, representada como reuniendo a amigos y enemigos, los cansados y los marginados, hermanos y hermanas, extranjeros y aquellos que conocemos bien, en una familia única, y en último término, en la amistad de Dios:

“La Sabiduría se ha edificado una casa;
ha preparado la mesa,
ha traído el vino;
y llama a sus hijos:
*Venid y comed de mi pan
y bebed de mi vino.
Venid a la mesa que he preparado para vosotros*”.